

Distinción entre racismo y discriminación en notas de prensa

Jaime Echeverría García

De acuerdo con Alexandra Hass Paciuc (Video Distinguiendo discriminación de racismo), “la discriminación es la exclusión o el impedimento [...] [para] acceder a un derecho por pertenecer a un grupo históricamente vulnerado”. Esta última parte de la definición permite introducir la noción de racismo, pues uno de los grupos históricamente vulnerados y marginados de México han sido los pueblos indígenas, en un principio, por constituir una raza inferior a la europea; y, posteriormente, por poseer una cultura distinta -así como un fenotipo distinto- diferente del modelo de civilización occidental. De esta manera, podemos hablar de discriminación racial, que, en palabras de Peter Wade (Video Distinguiendo discriminación de racismo), alude a “situaciones en las cuales se le niega a una persona el acceso a un servicio o recurso por motivos raciales, aunque los motivos sean velados”.

Si bien un tipo específico de discriminación, como es la racial o étnica, puede tener tintes racistas, no por eso es sinónimo de racismo. Queda claro que la discriminación refiere a discursos y prácticas que impiden que una persona o grupo puedan acceder a derechos, servicios o recursos, que por ley les pertenecen. Por este motivo, son hechos que están penados por la constitución. En cambio, el racismo consiste en un sistema de ideas o creencias, sentimientos y prácticas, que establece una jerarquía entre grupos humanos asentada en la distinción de grupos superiores y grupos inferiores. Así, se establece como un mecanismo de poder que naturaliza la inferiorización del otro, la que permite justificar su opresión y explotación; mientras que naturaliza la superioridad de la condición humana del grupo explotador (Gall, Iturriaga, Morales y Rodríguez, 2021:9).

Ahora bien, he decidido recuperar dos notas periodísticas en las que ocurrieron prácticas racistas: una, contra el futbolista brasileño Dani Alves; y otra, contra la mujer de origen mixteco Yalitza Aparicio. En el primer caso, el origen afrodescendiente del futbolista provocó que, en un partido, uno de los asistentes le arrojara un plátano. El gesto, indudablemente racista, tuvo la intención de comparar al deportista con un mono, de tal manera que lo ubicó en una condición prehumana

y, por lo tanto, inferiorizada, colocándose el agresor desde una postura de superioridad humana.

En el caso de Yalitza Aparicio, de origen mixteco, debemos reparar en las atribuciones que históricamente se le han conferido a la categoría indígena en nuestro país. Dichas atribuciones constituyen rasgos estereotipados, los cuales han determinado los espacios y las funciones concebidas como “naturales” para los indígenas. De esta manera, cuando aparece una mujer indígena en un espacio y un rol que se salen de su estereotipo, su presencia es considerada de manera perturbadora. Si el cine, las revistas de sociales y las alfombras rojas han sido espacios típicos ocupados por gente con un fenotipo occidental, la presencia de una mujer indígena con un fenotipo distinto termina siendo inconcebible, porque los espacios y roles designados a ésta son el espacio rural o doméstico, los trabajos asociados a estos espacios, así como la venta de artesanías en la vía pública. En este sentido, aunque los comentarios injuriosos contra Yalitza son muestras de racismo, podríamos pensar que los estereotipos que los motivan tienen un tinte discriminatorio, porque tratan de limitar su actuación en espacios y roles que históricamente no les han sido otorgados.